

## LA TOMA DE JAIS

Al noreste del mundo mágico de Arcania, en el rojo corazón del Reino de Ozuk, la dinastía Naisk constituía uno de los pocos linajes que lograron preservar el poder durante el transcurso de los años; sin embargo, hacía década y media, ocurrió un terrible suceso que menoscabó la nombradía de los Naisk para siempre.

El Rey de Ozuk, por nombre Igor, se encontraba de pie en el Salón del Trono de la Torre del Homenaje, mejor conocida como Torreleón.

Anduvo allí donde comenzaba a extenderse el suelo de piedra, donde se erguían rojas paredes con motivos dorados y ornamentos delineados en plata fina; el monarca caminó entre retorcidas columnas de mármol verde, y se detuvo junto a un bello lienzo que estaba iluminado por varias lámparas de aceite.

Suspiró con la mirada gacha, y alzó la vista para contemplar aquel que fuera su hermano gemelo, que posaba bien orgulloso en la pintura, Frédéric era su nombre.

No era la obra más excelsa del Salón del Trono, pues presentaba exigua técnica y pobre composición; su pálida tonalidad, por otro lado, tampoco realzaba su figura, la envolvía y hundía en sombras.

Aún siendo una de las peores obras de Marzel, célebre pintor y escultor del Reino, el retrato emanaba bellos sentimientos, que a su vez le producían inefables tormentos, afiladas sensaciones que removían las ascuas del antiguo fuego. Pero lo peor era que algo en su interior se estremecía y pugnaba por salir, quedando siempre preso.

La mirada de su hermano, aunque atrapada entre telas, parecía observarle, quizá sonreír si utilizaba la imaginación; mas siempre le recordaba que él ya no era de los suyos.

El Rey Igor recobró la compostura y deslizó su mirada por otras obras, viejos retratos, gloriosas batallas de sus ancestros, opulentos banquetes junto a la ribera del río Kyn, fiestas y conmemoraciones celebradas en torno a la plaza de Kadok el Constructor, y grandiosas y heroicas justas en los Campos Dorados.

Su mirada se detuvo en otra escena en particular, aquella en la que ambos hermanos lucían jubones verdes de hilado de oro; sus rostros apuestos y gallardos irradiaban enérgico brío e ingenio. Fue cuando cumplieron los veintisiete.

El Rey Igor suspiró, recordando, y maldijo haber perdido esa mirada, pues la había anegado en ríos y mares de vino y cerveza, sepultado tras una triste visión pesimista, un grotesco espejo de la realidad que deformaba todo cuanto veía en soledad y fracaso.

Caminó hacia el trono con renqueante paso, e intentó recordar su máxima: “Solo el fuego de la valentía te salva del frío y hondo pozo del miedo y fracaso”

Y es que, ciertamente, el Rey Igor, había olvidado como era la luz; estaba encadenado en las tinieblas, sin saber escalar las paredes del húmedo y mohoso pozo en el que se veía inmerso.

“Nunca saldré”, se dijo. Y entonces se hundió en su soberbio asiento como hiciera cada día, un ostentoso trono de alto pedestal de madera de cedro y brazos encamados en gemas: esmeraldas, amatistas y rubíes.

Sepultado en un amalgama de sentimientos caóticos y demenciales, le sobrevinieron las infaustas imágenes vividas hacía quince años; vio a su hermano de nuevo, sentado junto al lienzo, y él a su lado con apariencia pensativa, mientras mantenía su última conversación.

–Los negocios se desploman en el Reino de Jais, y los impuestos ascienden cada año de forma desorbitada, el descontrol del gobierno no hace sino indicarnos la evidencia: Branden Zirus es incapaz de llevar al Reino en pos del progreso.

–Jais es una República no un Reino, Frédéric–le recordó Igor–. Pero lo peor no es la incapacidad de Branden, sino que nos quiere hacer creer que está cerca del progreso. ¿Sabes cuál fue la primera ley que adoptó?

Frédéric asintió, y comenzó a degustar un trozo de pollo especiado con limón y pasas. Cómo hicieran cada martes, los hermanos organizaban un almuerzo para debatir sobre asuntos de

Estado.

–¿Y sabes lo que deberíamos hacer, Igor?–Rumió entonces Frédéric con la boca llena.

El Rey de Ozuk negó, dio un largo trago de cerveza negra y atacó su plato.

–¿Respecto a Jais, dices?–sonrió mientras troceaba su pollo–. Está condenada, bien lo sabes, no hay nada que podamos hacer.

–Pero alberga tierras prósperas, Igor–le advirtió Frédéric–, goza de buen clima, es costero, posee rutas comerciales nada desdeñables, negocios de ultramar...–finalizó la enumeración al introducirse un trozo de pollo en la boca–. ¡Es un lugar que el Imperio Negro no debería poseer jamás!–exclamó con la boca llena.

–Sí, Frédéric, sí, sin duda sería una pena que cayese en las manos del Imperio Negro–convino, y exhaló un hondo suspiro–, pero ya sabes que Branden se lo ha buscado durante años, que no es más que un caballero con aires de prepotencia, y que llevará a la ruina a Jais tarde o temprano. Aún recuerdo a su padre; era un señor sabio y de mente lúcida, sabía cómo hacer las cosas, y sin grandes excentricidades; pero su hijo..., Branden no sabe otra cosa que llevar una armadura de oro y combatir en la liza, y, ciertamente, se deja la piel en la arena de batalla como ningún otro–asintió, y se llevó el pichel de cerveza a los labios–. Pero eso y gobernar es algo bien distinto: el valor y la fuerza no siempre son válidos en un gobierno, se necesita...

–¡Se necesita pensar en grande!–interrumpió el hermano de Igor–, tener una clara visión de cómo funciona la economía, los negocios, y cómo incentivarla. Pero ahora... el pueblo toma las decisiones de Estado, ¡es una jodida República! Los oficios artesanos comienzan a desbancar las labores agrícolas de toda la vida, la ciudad será derruida por ellos mismos.

Se produjo un extraño silencio, y Frédéric prosiguió.

–¿Sabes lo que podrías hacer, hermano?

–No empecemos con lo de siempre–bramó el Rey Igor.

–Pero es que es lo mejor. Piensa en ello, comandar un numeroso ejército de valientes guerreros, desplegar un arsenal de escorpiones, catapultas y armas de asedio ante sus bastiones y sepultar al canalla de Branden bajo su Fortaleza Esmeralda. Sí,–sonrió Frédéric–, sería lo mejor que le podría ocurrir a Arcania en años.

Igor rió con estrépito.

–Sí, hermano, eso está muy bien, pero déjalo en tu mente, no debería nunca de salir de ahí, es muy peligroso lo que insinúas.

–Pues quiero que salga–insistió Frédéric.

Igor se limpió las manos de grasa en una fina gasa de seda y negó con insistencia.

–No, Hermano, eso que dices no es... nada conveniente para el Reino, nuestro pueblo no está preparado para una batalla de semejantes dimensiones; acabar con Branden podría ser nuestra perdición.

–No es del todo cierto–contestó Frédéric–, diez mil espadas serían suficiente para dar al traste con ese ridículo régimen que propone Branden; y, como bien dije antes, sus tierras son muy fértiles, estoy seguro de que constituyen el botín que todo Rey aspira tras una cruenta guerra. Piénsalo bien.

Igor meditó en silencio un instante, se levantó y echó una mirada subrepticia al lienzo en el cual ambos fueron retratados cuando cumplieron los veintisiete; se dirigió al fondo del Salón del Trono, y observó a través de un luminoso ventanal el bullicio de la Plaza de Kadok el Constructor.

–En verdad sería una terrible locura–dijo entonces de espaldas a su hermano–, una locura que no debemos evaluar en base a las ganancias: enviar diez mil hombres pondría en jaque la seguridad de nuestro propio Reino, Frédéric.

–Hermano, eso que dices solo lo alegraría un cobarde.

El Rey Igor se dio la vuelta enfurecido; y halló a su hermano incorporado, con un ademán rebelde en su rostro e intenso furor en sus ojos. Lo miraba de forma reprobatoria.

Ciertamente, era la primera vez que le dirigía aquella mirada, la misma que de algún modo u otro había quedado presa en el lienzo.

–Está bien, hermano, pero espero que reconsideres la propuesta, esto no es algo que debamos desdeñar a la ligera, sabes que el tiempo corre, que el Imperio Negro acabará invadiendo Jais para su posterior gobierno, tarde o temprano.

El Rey Igor volvió a la realidad, desconectó de las imágenes de su pasado y se incorporó de

su majestuoso trono como si hubiera recibido una descarga.

Había reproducido la conversación tal y como se produjo quince años atrás; y no porque conservara buena memoria: había quedado grabada a fuego en su mente, pues fue el punto de inflexión en su vida, donde comenzó la decadencia de su ser; en la cual se abandonó a la bebida, a los pensamientos improductivos y a la aciaga melancolía que nunca jamás lo dejaría.

Contempló una vez más el bello lienzo, lleno de significado como lo estuviera ningún otro.

Ahora la mirada reprobatoria de su hermano Frédéric iba más allá: lo que antaño parecía expresar desconfianza, ahora aducía desobediencia, rebeldía, pero lo peor de todo: traición.

El Rey Igor se volvió a atormentar una vez más, y se dijo: “Quizá pude cambiar el pasado, sí, enviar esos diez mil hombres en mi nombre y nada de esto hubiera ocurrido.”

Pero el desenlace fue muy distinto, pues Frédéric lo traicionó de la peor forma, del modo más vil y vejatorio; se hizo pasar por él, dirigió esos diez mil hombres a Jais, y venció, tal y como una vez le propuso a su hermano.

Desde entonces, Frédéric reside en Jais, suprimió la República que tanto odiaba e instauró la monarquía, la cual gobierna como soberano. Poco tiempo después de la aplastante victoria, para culminar la traición, decidió pasarse a las filas del Imperio Negro.

Los hermanos Igor y Frédéric no se ven desde entonces.